

LIA CIGARINI

El sentido del trabajo.*

Por razones personales y familiares –mi padre era comunista y yo estuve inscrita durante unos años en la organización juvenil del Partido Comunista Italiano– he estado siempre atenta a la relación que se ha ido estableciendo, en los distintos períodos históricos, entre el trabajo y el capital. También después de la drástica ruptura traída por el feminismo hace más de treinta años.

Concreto que por relación entre trabajo y capital entiendo la atención a todo lo que iba al trabajo del incremento de productividad y cuánto, en cambio, al capital. O sea, cuánto del valor del producto era y es redistribuido a quien trabaja con respecto a quien pone el capital. Estuve contenta durante todos los años setenta porque, entonces, la redistribución fue bastante equitativa y el mundo del trabajo contaba. Ahora, sufro por la devaluación del trabajo, sobre todo del trabajo obrero.

Por ser la autoconciencia, el partir de sí y la relación privilegiada entre mujeres, de lo más incompatible con la organización y la política del movimiento obrero, no he participado más en las luchas del trabajo. Sin embargo, y a pesar de que me resultaran impracticables las formas de acción política con las que se desarrollaban, han

* Traducción del italiano de María-Milagros Rivera Garretas.

quedado la atención, una sensibilidad particular y la reflexión.

Aclaro ya que esta atención no se dirigía a si progresaba o no el trabajo femenino, tema obsesivo de la política de la emancipación. Entendí pronto lo paradójico de esta reivindicación, por la cual las mujeres que habían *trabajado* siempre, no solo como madres y esposas sino también como productoras de bienes y servicios colectivos a través del trabajo doméstico, por el hecho de que sus productos no estuvieran en el mercado o fueran llevados a él por los padres, maridos e hijos, resultaba que *no eran trabajadoras* (esta es una realidad todavía muy presente en los países en vías de desarrollo, donde las mujeres trabajan más que los hombres pero, en las estadísticas, aparecen todas como desempleadas).

Por tanto, la política de la emancipación, para pedir la inserción de las mujeres en el trabajo valorado en el mercado, se veía obligada a ocultar el trabajo femenino existente y sus características propias.

La segunda contradicción gigantesca era la de considerar el trabajo asalariado —o sea, el trabajo que, a diferencia del femenino, tenía una medida en el mercado— como opresivo y explotado, pero, al mismo tiempo, pretender que el pasar por ese trabajo era un *bien* para las mujeres.

Así que, como decía, aunque he estado atenta a la relación entre el trabajo y el capital con la lectura de estudios y periódicos, con las emociones y el pensamiento, no me he ocupado nunca de la llamada inserción de las mujeres en el trabajo.

Ocurrió luego, hace unos quince años, que algunas sindicalistas, sobre todo de Milán y de Brescia —las dos ciudades económicamente más fuertes de Italia—, se acercaron a la política de la diferencia.

Entonces me impliqué activamente en un grupo de reflexión que, partiendo de nuestras experiencias concretas de trabajo, se amplió

al análisis de las modificaciones del modo de producción y, sobre todo, del conflicto entre los sexos en el trabajo.

Por una coincidencia afortunada, nos encontramos reunidas para pensar, cuando más mujeres que hombres estaban entrando en el mundo del trabajo: todos los aumentos de empleo en Italia, desde el comienzo de los años noventa, han sido consecuencia de la participación femenina. Por eso nombramos la feminización del trabajo. Quiero subrayar, sin embargo, que antes de tener la confirmación de los datos estadísticos, nosotras *sabíamos* lo que ocurría porque lo habíamos visto en los lugares donde trabajábamos.

Yo, por ejemplo, había visto que el Palacio de Justicia de Milán se llenaba de jóvenes abogadas y que las juezas se volvían mayoría. Y oía, y sigo oyendo hoy cada vez más, los comentarios de los colegas hombres: las mujeres sacan las oposiciones y aprueban los exámenes de abogacía porque aman el estudio; y trabajan *mejor* porque están más atentas a las necesidades de las personas encausadas.

Por su parte, las sindicalistas afirmaban que, en las fábricas, las mujeres insistían en "trabajar mejor" más incluso que en "trabajar menos". Llegamos entonces, como grupo, a la conclusión de que ya no se trataba de la vieja "cuestión femenina", o sea de las mujeres que había que insertar en el trabajo, sino del hecho de que el *trabajo se volvía mujer*.

En un doble sentido: las mujeres jóvenes, con la fuerza de una escolarización y de una conciencia de sí mayor que la de sus coetáneos varones, predominan en los sectores en expansión de los servicios, de las profesiones, es decir, en los trabajos relacionales y de conocimiento; y, al mismo tiempo, modifican de modo consistente, con su subjetividad relacional, el modo de trabajar y sus relaciones con los hombres en el trabajo.

Nuestro grupo había partido de la pregunta sobre el sentido del

trabajar para cada una de nosotras, con atención a las respuestas singulares de cada una, porque estábamos convencidas de que sin esta respuesta, por más exigua que sea, la acción política, entendida como acción de la libertad, no llega a ninguna parte, y todo va según el plano inclinado de las relaciones de fuerza. Resumiendo, nos dedicamos a escuchar y a significar la cualidad de la realidad humana comprometida en la experiencia del trabajo. Si no —pienso—, el trabajo se reduce a un ente abstracto medible solo cuantitativamente. Hay que decir, no obstante, que el *más relacional* que las criaturas humanas, sobre todo las mujeres, ponen en el trabajo, se escapa a toda reducción abstracta. En cuanto tal, no puede medirlo el dinero (salario), pero es esencial para reducir el sufrimiento en el trabajo y para plantear la cuestión del valor del trabajo.

En este punto, que está todo por discutir, nos puede auxiliar lo que caracteriza nuestra política. La hemos llamado, aproximativamente, búsqueda de orden simbólico, o sea, que no haya despilfarro de sufrimiento, que haya más desahogo, libertad y placer en la vida.

Un continuo intento de crear contextos en que lo bueno se pueda saborear. El problema es si las mujeres que han actuado espontáneamente así a lo largo de los siglos, tendrán la fuerza de seguir actuando así en el mercado del trabajo, es decir, de hacer circular libremente el *más* como autoridad en vez de pedir su monetarización.

Nosotras, en el grupo, nos hemos preguntado por el porqué de la obsesión masculina en la monetarización del valor del trabajo. Hemos llegado a una conclusión bastante precaria: porque los hombres, como es sabido, no hacen autoconciencia y, por tanto, hablan siempre *objetivamente* del trabajo, porque la organización del trabajo se ha construido sobre la separación entre vida (privada) y trabajo (colectivo y objetivo), porque el vínculo entre vida y trabajo, entre vida y libertad es, con demasiada frecuencia, ignorado y roto en la historia de los hombres. Tanto que en un texto reciente de cinco

sindicalistas italianos, aunque ferozmente crítico del actual modelo productivo y social, se afirma que se ha llegado ya mucho más allá de la fuerza de trabajo tratada como mercancía: este modelo “pone a trabajar o, mejor, a disposición del mercado, la existencia entera de un individuo”. Para ellos, es el último estadio de la explotación.

Luisa Muraro y yo, comentando en el último número de “Via Dogana” este texto, que nos ha interesado porque empezaba con la afirmación: “la experiencia y el punto de vista de las mujeres es ya condición irreversible para las relaciones sociales”, hemos, en cambio, destacado que el pensamiento femenino sobre las prácticas políticas para crear más libertad y bienestar en el trabajo, parece haber encontrado un camino, difícil pero transitable, que es el de llevarlo todo al mercado, o sea, también la calidad de las relaciones en el lugar de trabajo, las respuestas de las demás y los demás a la propia presencia, los resultados cualitativos del propio trabajo, con la satisfacción que una o uno pueda sacar personalmente de él. El camino consiste, en resumen, en hacer que la vida inunde el trabajo, de modo que el trabajo sea rescatado por la vida y sea cada vez menos algo sobre lo que se ejercen las competencias de los técnicos que no tienen de ello experiencia en primera persona. Para explicar mejor lo que quiero decir, traigo aquí mi experiencia personal. En la profesión de abogada, en la relación con la clienta o con el cliente, he puesto en juego algo que es inconmensurable: por ejemplo, mi deseo de hablar, de conocer personas distintas de mí y de las que trato habitualmente. Ha habido siempre respuesta, como si los clientes tuvieran la misma necesidad, que no pueden explicitar con otros abogados porque el tiempo del profesional hay que pagarlo. Y es verdad que el mercado basado puramente en el dinero no puede acoger las exigencias, las necesidades, por ejemplo de intercambio verbal. El mundo masculino ha relegado estas necesidades a la vida privada, haciendo lo público menos habitable. Es decir, el mundo masculino tiende a satisfacer separadamente, en el tiempo libre, estas necesidades y deseos, quitándole al trabajo toda alegría y, a la vez, ignorando lo precioso de las capacidades relacionales de las

mujeres.

Ahora estas capacidades se *valoran* porque las mujeres han ido al mercado del trabajo llevándolas consigo.

A mí me parece que, cada vez más, las mujeres toman la palabra en las cuestiones del trabajo, relatando su experiencia laboral. En los periódicos, incluidos los económicos, en entrevistas, en las asociaciones, en los sindicatos, etc. Empieza así una autoconciencia sobre el trabajo que —creo— permitirá entender mejor la realidad que cambia.

No obstante, se puede decir ya desde ahora que, en el mundo del trabajo, está naciendo un nuevo conflicto entre los sexos, porque las mujeres quieren trabajar de otra manera.

No hemos llegado todavía a quebrar las *medidas* masculinas que operan en el trabajo; por ejemplo: la competición, la prescripción o el dinero, pero, cuando las mujeres hablan de su trabajo, destacan su rechazo de la competición a ultranza, que ellas consideran socialmente dañina porque obstaculiza las buenas relaciones laborales. Hay, por tanto, algo positivo de lo que partir: en primer lugar, el reconocimiento de que las mujeres hacen *mejor* los trabajos relacionales. Tarde, pero precisa y autorizadamente, ha intervenido el presidente nacional de la clase médica diciendo: "el hecho de que la mayoría de los médicos sea, hoy, mujer, ha mejorado nuestra relación con los pacientes."

Naturalmente —y es inevitable— está en juego una apuesta política: los empresarios, los capitalistas, algunos hombres importantes en la vida social —como el citado presidente de los médicos— reconocen en general el *más* relacional de las mujeres. (Lo reconocen mucho más que los sindicatos, las mujeres comprometidas con la política tradicional y las de la igualdad, siempre preocupadas de que entre mujeres y hombres sea todo *par*, nunca *dispar*).

Sin embargo, los hombres de que hablaba antes, lo reconocen en el ámbito de la empresa, como una categoría, como algo que aumenta la productividad del trabajo regulado por ellos. O sea, apresan la *diferencia* cualitativa del trabajo femenino en su sistema de reglas.

Nos corresponde, por tanto, a las mujeres sostener el deseo de modificar la organización del trabajo en el sentido de que se pueda trabajar con más gusto, menos sufrimiento, a través de la autoconciencia y la puesta en palabras de la experiencia femenina.

Se podría objetar una cosa o, más bien, dos.

La primera es: si las mujeres se colocan preferentemente en los trabajos relacionales (servicios a las personas y a las empresas, sector terciario, profesiones de medicina, abogacía, arquitectura, enseñanza, aparato del estado, las regiones, los municipios, teléfonos verdes, etc.) mientras los hombres parecen tener el mando político, la tecnología, la ciencia, las máquinas en general, se volvería a proponer una división del trabajo entre los sexos.

Yo pienso que esta es, sin duda, una tendencia, pero habría que tener datos más precisos sobre las opciones de mujeres y hombres, sobre dónde se colocan en el trabajo.

Sé, por ejemplo, que algunas mujeres, las más jóvenes, opinan que las *nuevas tecnologías* favorecen la relación entre las personas, y ellas no notan mucho la diferencia entre la comunicación oral y la que se escribe en una pantalla.

De todos modos, a mí no me asusta el hecho de que la diferencia se manifieste también en la elección de unos trabajos y no de otros.

La diferencia (libertad) es, ante todo, pensarme y ponerme autónomamente en el mundo. De este modo, pienso, *no* se corre el riesgo de una neo-complementariedad, que es una amenaza para la liber-

tad de mujeres y hombres, sino que se intenta hacer vivible la *asimetría* entre los sexos.

En sustancia, pienso que en el privilegiar la relación hay una crítica implícita al resolver todos los problemas con la tecnología. El paso político está en el hacer que la crítica sea explícita. Por ejemplo, las profesoras del movimiento de la "autorreforma de la escuela" han criticado desde el punto de vista de la relación la reciente reforma gubernamental de la escuela centrada en la escuela empresarial y tecnológica.

Es una cuestión completamente distinta —y esta es la segunda objeción—, la división sexista del trabajo. Es decir, cuando el trabajo femenino es explotado más para reducir los niveles salariales de todos. Como se hace hoy abiertamente con el trabajo de los extra-comunitarios. Ha dicho un sindicalista importante, el Secretario general de la C.G.I.L. de Lombardía: las mujeres, cada vez más presentes en el mercado del trabajo, empeoran las condiciones laborales en general porque no contratan suficientemente el salario. Y ha añadido: con salarios más altos se puede luego discutir mejor las cosas de las que hablan las mujeres, por ejemplo la relación en el trabajo.

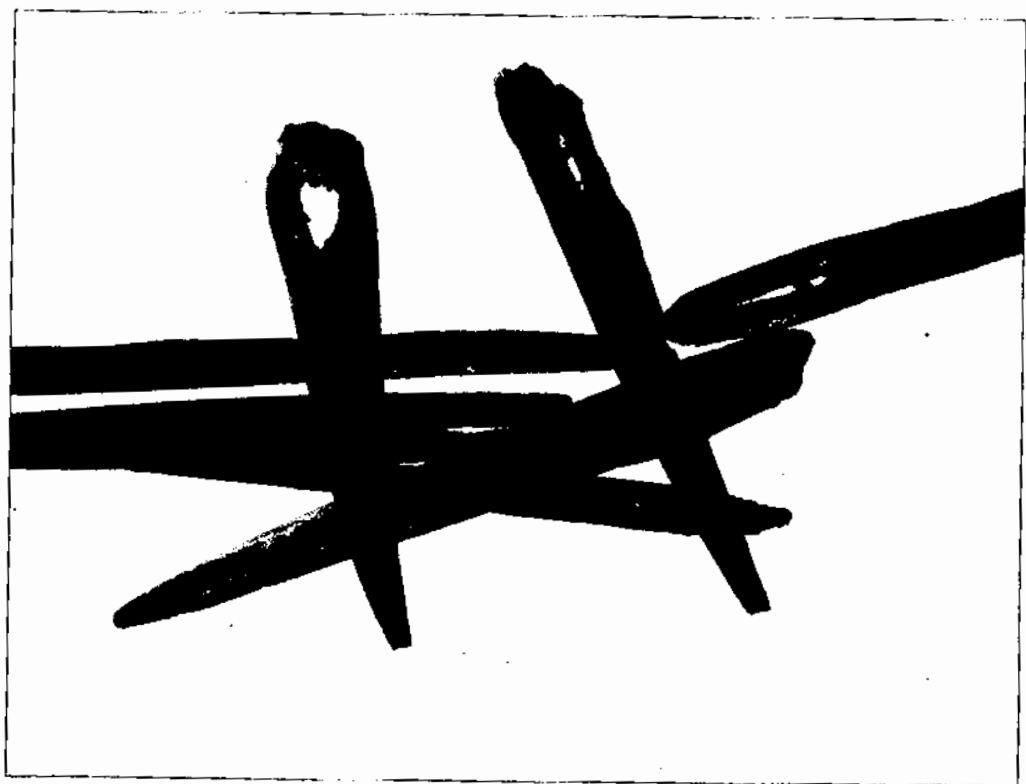
Yo sostengo que la secuencia debe ser invertida: menos sufrimiento en el trabajo, más desahogo, más libertad, podrán si acaso conducir a salarios más altos. Y, sobre todo, no olvidemos ni nosotras ni ellos que la obsesión *salarista* masculina ha traído consigo una pérdida del valor del trabajo en general. El sentimiento más difundido hoy es la esperanza de una vía de salida a través de un cambio de civilización, no a través del dinero.

Propondría, por tanto, el prestar atención o, más exactamente, el usar la categoría de las estrategias de vida escogidas por las mujeres, para leer la realidad que cambia. No nos podemos limitar a los datos cuantitativos (esto sería no llevarlo todo al mercado). Y pro-

pondría defender las estrategias de vida elegidas por las mujeres y, desde ahí, postular en el plano simbólico y, en consecuencia, social, un modo distinto de producir y de trabajar.

Las mujeres han conseguido parcialmente en Italia y en España, mucho en los demás países europeos, implicar a los hombres en la economía doméstica.

¿Es posible que pueda suceder algo semejante en una economía *no* doméstica, es decir, una implicación general del otro sexo en un cambio de civilización?



Sense títol 2.